



Boletín de Antropología Universidad de
Antioquia
ISSN: 0120-2510
bolant@antares.udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Orrego Arismendi, Juan Carlos
Antropología, literatura y costumbrismo en Graciliano Arcila Vélez
Boletín de Antropología Universidad de Antioquia, vol. 23, núm. 40, 2009, pp. 301-314
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55715428014>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Antropología, literatura y costumbrismo en Graciliano Arcila Vélez

Juan Carlos Orrego Arismendi

Profesor Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia
Grupo de Investigación y Gestión del Patrimonio
Dirección electrónica: languidamente@gmail.com

Orrego Arismendi, Juan Carlos (2009). "Antropología, literatura y costumbrismo en Graciliano Arcila Vélez" En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 23 N.º 40, pp. 301-314.

Texto recibido: 12/02/09; aprobación final: 03/05/09.

Resumen. Graciliano Arcila Vélez (1912-2002), fundador de la antropología académica en Antioquia, incursionó en diversos campos de la ciencia del hombre con una rigurosidad que le ha valido alguna celebridad como científico austero. Sin embargo, la reciente divulgación de parte de sus archivos personales deja ver una temprana afinidad de Arcila con la literatura, tanto en calidad de compositor de poemas y piezas de oratoria como de crítico. El examen de tales documentos permite ver, por un lado, la escisión intelectual y estética de un autor que, comprometido con las perspectivas modernistas del siglo xx, actualiza aspiraciones del siglo xix; por otro lado, se hace evidente que el influjo de algunos proyectos literarios decimonónicos —romanticismo y costumbrismo— alimentan su ejercicio profesional como antropólogo antes que contradecirlo.

Palabras clave: Graciliano Arcila Vélez, antropología colombiana, literatura, costumbrismo, escritura en antropología.

Anthropology, literature, and folklore in Graciliano Arcila Vélez

Abstract. Graciliano Arcila Vélez (1912-2002), founder of academic anthropology in Antioquia (Colombia), was involved in a number of different areas of the science of man with such rigor that he achieved a certain celebrity as an austere scientist. Nevertheless, the recent release of part of his personal archives shows his early affinity to literature, as much a composer of poetry and oratory as a critic. An examination of these documents allow us to see, on one hand, the intellectual and aesthetic incision of an author who, committed to modernist perspectives of the 20th century, realizes aspirations from the 19th century; at the same time, it is evident that the influence of some literary objects —romanticism and folklore— enrich rather than detract from his professional occupation as an anthropologist.

Keywords: Graciliano Arcila Vélez, Colombian anthropology, literature, manners, writing in anthropology.

A modo de introducción: riguroso científico e impensado poeta

Graciliano Arcila Vélez (1912-2002), por su participación en la fundación del Departamento de Antropología de la Universidad de Antioquia, el *Boletín de Antropología* de esa misma dependencia y las secciones antropológica e histórica del Museo Universitario, es considerado con justicia pionero de la ciencia del hombre en Antioquia. A esa labor también debe sumarse —justamente porque la explica— el hecho de que Arcila fue, entre sus coterráneos, quizás el primero que se licenció en Ciencias Sociales en la Escuela Normal Superior y luego cursó estudios de especialización en etnografía y Etnología en el Instituto Etnológico Nacional. Esa intervención inaugural es reconocida así por Milcíades Chaves Chamorro en su *Trayectoria de la antropología colombiana*: “Los trabajos etnológicos han empezado a realizarse ya en el departamento de Antioquia, gracias a las facilidades que para tal efecto ha dado la Universidad de Antioquia y a la permanencia en esa zona de uno de los miembros del Instituto Etnológico Nacional, el licenciado Graciliano Arcila Vélez” (Chaves Chamorro, 1986: 110).

Guardadas todas las proporciones, el desempeño de Graciliano Arcila en Antioquia se asemeja al de Gregorio Hernández de Alba en Colombia y Franz Boas en América del Norte, quienes en sus respectivos contextos fundaron el ejercicio antropológico con base en una actuación integral en diversos campos de esa ciencia, trátese de la etnología, la arqueología, la antropología física o la lingüística, y con un decidido interés por la disciplina histórica. Buena ilustración de este polifacético perfil en el caso de Arcila son, por ejemplo, los trabajos que sistemáticamente divulgó en las primeras ediciones del *Boletín del Instituto de Antropología* (hoy *Boletín de Antropología*): un reporte de hallazgos arqueológicos en Mutatá, una presentación de datos sobre grupos sanguíneos catíos, un diagnóstico antropométrico de poblaciones catías, una relación de diversos asuntos socioculturales de la vida en Dabeiba, Chigorodó y Acandí y un informe sobre la histórica fundación de Santa María de la Antigua del Darién (véase Arcila Vélez, 1953a, 1953b, 1954, 1955a y 1955b). En el mismo sentido, escritos tuyos muy tempranos —fechados entre 1940 y 1950— que por alguna razón habían permanecido inéditos hasta su inclusión en la compilación *Memorias de un origen. Caminos y vestigios* (1996), se refieren a temas como legislación sobre el aborto, estructura de la vivienda campesina, arqueología en el suroeste antioqueño, encuestas lingüísticas y diarios de viaje. El mismo antropólogo escribió, en 1952, una suerte de justificación de su proceder multifacético:

La etnología es una de las ciencias que nos enseñan a estudiarnos comenzando por el principio; estudiar la prehistoria, investigando el estado humano de las supervivencias indígenas en sus aspectos lingüístico, antropológico, social y económico, es estudiar las bases de nuestra evolución étnica, es comenzar por definirnos. El estudio de la arqueología misma nos pone en conocimiento de la cultura material de los pueblos que nos precedieron y de los cuales podemos conocer muchas de sus características, que a la vez constituyen guiones primigenios de la civilización (Arcila Vélez, 1996: 250).

Además de tales propósitos, en los trabajos mencionados Arcila deja ver rigor metodológico y adecuación conceptual, y así, por ejemplo, desarrolla el tema del aborto considerando los aspectos fisiológicos, clínicos y jurídicos que lo afectan, y no sin antes revisar el concepto de “recién nacido” consignado en las legislaciones de varios países. Del mismo modo, reconstruye el paisaje arqueológico de Valparaíso describiendo sistemáticamente un conjunto de sitios ligados por un itinerario lógico, indicando con la jerga adecuada los rasgos del paisaje y de los objetos encontrados, e informando con rigurosidad la procedencia de la información que le ha llegado por vía de la tradición oral. En sus estudios antropométricos usa con propiedad la terminología relacionada con los grados de pigmentación, la morfología del rostro, los índices craneométricos y otros aspectos, y consecuentemente organiza sus datos en minuciosas tablas que contienen complejos universos cuantitativos. En pocas palabras: en aquellos modos y lógicas se anticipa claramente el espíritu de la más importante obra científica de Graciliano Arcila, la *Introducción a la arqueología del Valle del Aburrá* (1977), caracterizada por una sistemática y minuciosa descripción de una versátil colección de objetos arqueológicos, a pesar de que, en su momento, no se estaba ante la oportunidad de establecer el mejor contexto histórico para dicho material.

Los temas abordados por el antropólogo antioqueño lo familiarizaron con un estilo de escritura convencionalmente científico, esto es, objetivo, emocionalmente neutro e incluso austero en algunos pasajes. Por eso, en sus primeros escritos académicos, hoy son vistas como excepcionales salpicaduras sobre ese registro escueto —o, mejor, como deslices de una rigurosidad que apenas se consolidaba— esporádicas expresiones parcialmente líricas, humorísticas, deliberadamente coloquiales o con alguna intención connotativa. Describiendo una vivienda indígena, por ejemplo, apunta con algún sesgo caricaturesco que de su tejado “cuelgan cráneos y patas de roedores, algún pájaro disecado, un coco de tarralí o un frasco que contiene grasa de algún animal o las cenizas de alguna planta”, y en la casa campesina llama su atención la inédita decoración según la cual “de las paredes cuelgan retablos de santos casi desconocidos en el martirologio” y “No falta un cuero de animal salvaje, estacado en la pared del corredor” (Arcila Vélez, 1996: 113, 115). También vale la pena traer a colación estas líneas más o menos festivas y exaltadas de un artículo sobre la vida social en Urabá: “El viajero que por primera vez llega a estas regiones se trae en el cerebro indeleblemente grabados los sones de aquellas noches porreras y en cualquier parte donde oiga sólo la marimbula, no le sonará jamás como suena en Pavaradoncito y Chigorodó” (125). Finalmente, y entre otros ejemplos, considérese el irónico comentario de que la comida brindada a bordo de una lancha adscrita a un puerto de Caucasia es “menú para presidiarios” (144).

A pesar de la relativa singularidad de esos casos, Arcila no ha dejado de ser visto como un excelso escritor académico, y en tal sentido es sintomática una curiosa anécdota literaria: en “Mi vida con el chamán”, pieza incluida en el poemario *Sombrero de ahogado* (1984) del nadaísta Jaime Jaramillo Escobar, Graciliano Arcila

y otros investigadores son retratados como paladines de la técnica científica, y por ello situados en el revés de la libre experiencia artística del escritor:

Jorge Montoya Toro y Graciliano Arcila Vélez aparecieron una vez en aquella tribu. Se presentaron como etnólogos y antropólogos de la Universidad de Antioquia. Llevaban acompañantes con la grabadora, la filmadora, las cámaras fotográficas, todo un equipo inútil y risible [...] A don Benigno Mantilla Pineda, que iba con ellos, le puse en la mano algunos poemas líricos que yo componía antes de dedicarme a la épica. Naturalmente, no podía tomarlos en serio, pero se asombró de que le diera el escrito (Jaramillo Escobar, 1991: 67-68).¹

Sin embargo —y se trata de lo que a este artículo le interesa divulgar—, Graciliano Arcila cultivó la poesía y se interesó por la literatura colombiana por los mismos años en que transcurría su formación como licenciado en la Escuela Normal Superior, de acuerdo con los archivos personales suyos que, a fines del año 2005, fueron legados al Museo Universitario de la Universidad de Antioquia por la familia Arcila Solano.² Pero la oportunidad de conocer la incursión en la literatura del fundador de la antropología antioqueña no interesa precisamente porque se revele, en un sentido apenas anecdótico, un aspecto marginal de la producción de un científico, sino porque, sobre todo, se aportan nuevos elementos para revalorar buena parte de la obra de un antropólogo; de su perspectiva como scrutador y analista de la cultura.

Por supuesto, no debe sorprender que tal sea la expectativa frente al material donado por la familia de Graciliano Arcila —en su mayor parte artículos no publicados, diarios personales y de campo, borradores de conferencias, reseñas de obras científicas y artísticas, creaciones literarias, entre otros documentos—, por más que su inventario y clasificación bibliográfica aún se encuentren en proceso: la historia de la antropología bien conoce la radical valoración que de la obra de Bronislaw Malinowski hicieron los críticos de la disciplina a raíz de la póstuma publicación, en 1967, de sus diarios de campo,³ mientras que en el contexto local Jimena Perry

1 La incursión referida por el poeta se enmarca en las investigaciones antropométricas de Arcila cuyos resultados se publicaron en 1954. En el correspondiente artículo del *Boletín del Instituto de Antropología*, anota el antropólogo en calidad de agradecimiento: “La encuesta de los Caramanta de Cristianía se hizo con el auxilio de la Universidad de Antioquia y me acompañaron el Dr. Jorge Montoya Toro y los entonces estudiantes de Ciencias Sociales del Instituto de Filología de la misma Universidad” (Arcila Vélez, 1954: 119).

2 A la fecha en que se preparaba la versión definitiva de este artículo, a mediados de 2009, la familia del antropólogo ya había retirado el material del Museo Universitario. Aun así, los tres años en que se tuvo acceso al material fructificaron en dos documentos: el inventario descriptivo adelantado por el antropólogo —entonces estudiante— Pablo Santamaría Alzate y su misma tesis de pregrado en Antropología, *La palabra en Antropología. Exploración en la retórica de Graciliano Arcila Vélez* (2008). Este artículo, por supuesto, es un nuevo eco de esa oportunidad de investigación.

3 Una de las más significativas reflexiones que en tal sentido se han emprendido fue la de James Clifford, quien en “On Ethnographic Self-Fashioning: Conrad and Malinowski” (1986) sugiere,

Posada (2001) llamó la atención sobre las múltiples maneras como los estudiosos de la antropología criolla pueden sacar partido del archivo personal de Gregorio Hernández de Alba. Según Perry, dicho material, además de iluminar lo que fue el particular desempeño científico de Hernández de Alba, permitiría conocer aspectos inéditos de la consolidación de la antropología en el país y ahondar en investigaciones sobre los vínculos entre antropología y escritura.⁴

Graciliano Arcila Vélez, escritor

En el archivo de Graciliano Arcila, el interés por la literatura se evidencia sobre todo en ocho documentos, a su vez agrupables en cuatro categorías: cuatro poemas, dos discursos, un comentario crítico y un resumen. Los poemas son posiblemente el material más llamativo. Se trata de composiciones más o menos libres, en su mayor parte no adscritas, en su armazón, a una disposición poética clásica —piénsese, por ejemplo, en el reglamentado soneto—, métricamente dispares y mayoritariamente controlados por rimas consonantes entrecruzadas sin regularidad. La más temprana de las piezas, fechada el 15 de junio de 1935 y firmada con el seudónimo Gavel Kastos, lleva como título “Leyendo a *Símil* de Clemencia Isaura Restrepo”. Se trata, en pocas palabras, de una especulación sobre la inocencia o amargura que pueden expresarse a través de las líneas de una obra —otro poema, presumiblemente— leída. Una estrofa en particular delata un sentir entre romántico y modernista:

*O quién sabe... quizás
sea un destello
de una alta ensoñación
procaz,*

apoyado por la exégesis que hace del angustiado diario del antropólogo polaco, que en la obra cumbre de este —*Argonauts of the Western Pacific* (1922)— hay apenas la simulación de haberlo comprendido todo antes que una objetiva, indiscutida y comprobable experiencia científica (véase Clifford, 2001).

4 Recientemente, Langebaek y García Botero (2009) han vuelto sobre el archivo personal de Gregorio Hernández de Alba para invocar sus cartas —entre otros documentos— como luces para la dilucidación de la historia del trabajo de campo en Colombia; las conclusiones, incluso, tocan con la concepción que en la época se tendría de la cultura material, parcialmente plasmada en la subjetividad de la correspondencia íntima. Reflexionan los autores: “Que el antropólogo tenga estos dos tipos de escritura, una monografía científica y una suerte de memoria confesional, no debe considerarse como un accidente en la historia de la disciplina, ni un descubrimiento particularmente novedoso de este artículo” (Langebaek y García Botero, 2009: 304-305). Sin embargo, la obvia conveniencia de dicha revisión no se corresponde con el modo precario en que ha sido estudiada la *historia personal* de la antropología colombiana.

*que rompiendo las gasas de lo bello
en filial inspiración
se fugó —de ultratumba
y que armoniza
la sombra del que fue pluma profunda
con la sombra de su hija gemebunda
que copió de su lira la sonrisa.⁵*

Nótese, por un lado, la tópica alusión a la lira en el verso final y, allí mismo, un decimonónico hipérbaton; por otro, se hacen presentes imágenes propias del modernismo temprano de José Asunción Silva: una fuga entre las sombras y desde ultratumba, y en un ambiente relativamente sinestésico. Las alusiones a lo fúnebre, sumadas a un uso reiterado de los puntos suspensivos —en la cita apenas parcialmente ilustrado— hacen pensar también en el romanticismo becqueriano y tardío de Julio Flórez.

“Fuga nocturna”, también firmado por Gavel Kastos, aparece con fecha de julio del mismo 1935, y canta la fuga de una mujer desde la perspectiva de su antiguo amante, quien la persigue entre las sombras. Como en el poema anterior, aquí se combinan rasgos del siglo XIX y del XX, toda vez que algunos versos reivindican una retórica romántica (“y como el cierzo en el cáliz de la rosa / el céfiro acaricia su guedeja”) y la entonación y temas becquerianos de Julio Flórez aparecen nuevamente, al igual que las imágenes del “Nocturno” de Silva —esta vez aderezadas, más evidentemente, con el sensualismo modernista—, mientras que se insinúa alguna estructura conversacional que recuerda la poesía de Ismael Enrique Arciniegas:

*“Locuaz, ¡cuánto me hieres!
Venganza requieren tus agravios”.
Mas... ¿qué dijo? “Tú me quieras,
hiéreme más...”
Y me brindó sus labios.
Con esta remembranza
la seguía
sediento de sus ojos
y sus rizos y sonrojos,
mas... ¡Oh efímera esperanza!
¿Qué ocurría?
Que ella en fuga nocturna me dejaba,*

5 He editado la versión original del poema (así como de las otras piezas de archivo que se citan en este escrito) en cuanto a ortografía y corrección de los signos gráficos, toda vez que aquí el interés es solo presentar los documentos de un modo expedito que permita relacionar la literatura y la antropología en Graciliano Arcila, y no proceder a un riguroso análisis formal. No se olvide, en todo caso, que los textos originales, mecanografiados o manuscritos, varían levemente en su grafía.

*yo muy loco y sumiso la seguía,
un incipiente erótico aguardaba
bajo el tenue celaje de la umbría.*

“Decepción”, fechado en noviembre de 1937 y con firma de G. Arcila Vélez, se dispone en sextetas —con la única excepción de una estrofa de cinco versos— y plasma el lamento de un enamorado que, sin confesar su amor, asiste a la ida de la mujer que lo provoca. El sensualismo parece haberse fermentado en los años que separan a “Decepción” de los poemas anteriores, pues, mientras algunos versos son abiertamente eróticos (“no llegas afanosa y con empeño / a humedecer mi rosal con tu ternura”, “Eres joven y libre; en primavera / tus encantos están ¡Cuánto te admiro!”) la idea general de una emoción o sentimiento oculto evocan a “El secreto”, un poema *voyeur* del modernista Miguel Antonio Rasch Isla. Lo que el poeta barranquillero ve sin ser visto, Arcila lo traduce en sentimiento no percibido por nadie:

*Comprendo que persigo lo imposible;
que en el silencio, sin decir que te quiero,
es mejor que te adore;
que en secreto yo sienta lo indecible,
y sin darte a saber que te prefiero
herido el corazón por dentro lloro.*

Finalmente, “La carcajada del loco”, con fecha de 12 de diciembre de 1937 y firmada por G. Arcila Vélez, es una extensa pieza que, en virtud de su parcial régimen octosílabico, es forzoso reconocer como de índole popular. Su tema, además, no permite albergar dudas al respecto: se refiere la anécdota de un viejo que, en un pueblo antioqueño, ríe a las puertas de su casa y es consultado por sus vecinos sobre hondas cuestiones como la ciencia y la muerte, y que en algún momento, inquieto él mismo por otras cuestiones, visita a un monje sabio para concluir con él, en medio de carcajadas, que en esencia nada puede saberse. La siguiente es la estrofa inaugural:

*En un antiguo tugurio
de un viejo pueblo antioqueño,
vivió Ney, un viejo espurio
que no era esclavo ni dueño;
no era un cuerdo, ni era un loco;
no era un imbécil tampoco...
y en rectitud de criterio,
aquel hombre que no hablaba
sino entre risas, fue serio;
la gente bien le llamaba
la encarnación del misterio.*

Este poema, en una suerte de rotunda oposición estilística con el anterior—escrito el mismo año—, actualiza modos de la poesía castellana de pasados siglos: el viejo loco antioqueño mucho tiene de algún sabio vagabundo de *La vida es sueño* (1636) de Pedro Calderón de la Barca, así como las profundas cuestiones sobre el vivir y el morir que sabe abordar con su simpleza, propias del teatro clásico. Por lo demás, no debe pasarse por alto la segunda persona del plural usada en algunos versos (“preguntadme de todo si queréis”, “vosotros no sabéis / vuestro camino...”). En suma: una deliberada actualización de lo tradicional.⁶

Vinculado con los poemas, el comentario crítico lleva como título “Emiro Kastos o el Larra colombiano” y está fechado el 31 de octubre de 1936. Graciliano Arcila tomó como apellido, en su seudónimo como poeta, el apellido apócrifo usado a su vez por Juan de Dios Restrepo, famoso periodista y costumbrista decimonónico y, por ser natural de Amagá, paisano del antropólogo. El artículo celebra la profunda penetración sociológica y psicológica de la escritura de Emiro Kastos, así como su capacidad para comentar diversas facetas de la vida humana como las costumbres, la política, la economía y la industria. Anota Arcila sobre el agudo cronista:

Ya es psicólogo que desciende hasta lo más recóndito del corazón humano y con su poderosa fuerza de observación, sorprende las modalidades de la idiosincrasia individual y colectiva, traducida a la vida espontánea que se refleja en las costumbres del pueblo [...] Esta facultad de compenetración fue seguramente lo que lo llevó a la cumbre máxima del costumbrismo colombiano dentro de los conceptos de reformar con la crítica, lo que le valió el calificativo del Larra colombiano.

Más adelante, con un tono más exaltado, califica como poético el proceder literario de Emiro Kastos:

[...] todas las obras de Emiro Kastos son poemas en su fondo aunque en ningún modo en la forma, y digo poemas, porque quién al leer aquellos artículos, que no solamente son productos de una mentalidad elevada sino consecuencia de un sentimiento delicado y sonoro, no siente que la belleza perfuma su espíritu [...]. Quién al leer estos artículos, que descubren paisajes y que cuentan la vida rústica de nuestras montañas no siente que a sus oídos llegan aquellos diálogos rasgados del folklore y que nuestros ojos parece que vieran al arriero de carriel y abarcas [...]. Sus artículos son poemas que pintan paisajes interiores a través de las modalidades de la vida externa.

6 No deja de ser curioso que, en el revés de una pequeña nota mecanografiada de 1955 que aspiraba a ser el editorial de una revista, Graciliano Arcila haya pergeñado un par de coplas que tanto pueden ser de su autoría como tomadas al vuelo en alguna excursión antropológica o leídas en algún cancionero regional: “Preso en la cárcel estoy / no llores, mujer por eso / no dejo de ser quien soy / ni tampoco el primer preso”; “Gallinazo no seas bobo / recibí lo que te dan / que más vale ser obispo / que cura o que sacristán”.

Esta apreciación es altamente significativa, pues traduce la idea de que, para Arcila, tanto lo íntimo como su indagación constituyen hechos poéticos, lo que, a su vez, señalaría que la labor del psicólogo y antropólogo participan de esa naturaleza. En sintonía con esta propuesta, Arcila pondera los alcances introspectivos de un cuento de Kastos, “Julia” (1855), y al mismo tiempo que celebra la precisión del tipo social retratado en la protagonista —el comentarista habla, exactamente, de “viviente cuadro del aspecto racial”—, valora con sensualismo de modernista la propuesta narrativa, estableciendo que el drama de Julia radica en que su marido no logra ser para ella “el varón erótico que se soñó de soltera”.

En un discurso fechado el 24 de diciembre de 1936, y con el título manuscrito “En la fiesta de Emiro Kastos el 24 de diciembre de 1936. Durante los carnavales”, Graciliano Arcila saluda la decisión oficial de honrar el parque municipal de Amagá con el nombre del escritor y critica el ánimo apocado de quienes se han opuesto al desarrollo del pueblo. De Kastos anota que “no comulgó con las ideas de la retrogradación, ni manchó sus manos con el cetro del fanatismo que ha sido siempre la tiranía de los pueblos [...], porque jamás fue el perro mudo de la casa de Israel y nunca llevó las sandalias en sus manos”. Sin embargo, lo más llamativo del escrito es la introducción, donde el antropólogo, con literaria y grandilocuente intención, lanza sus propios albores e invectivas:

Nuestro terruño se engalana con el alborozo de sus hijos y las almas se agigantan ante el homenaje mudo que rinde la naturaleza y sienten como una hecatombe el porvenir de tiempos mejores en pro de las democracias; hasta aquí también llegan los rumores del progreso por tanto tiempo esperados que vienen ya sobre las plumas de los vientos, cabalgando en lomos de las libertades. Mal haya los tiempos en que la posteridad de este pueblo despreció las llamadas de la civilización nada más que al graznido maligno de la inercia y el canto fantástico de las sirenas romanas, pero nunca miraron las calles del pueblo que en dos siglos de vida se sentía como el sopor del ostracismo reclamando de sus hijos la concomitancia para su adelanto moral y material. Desde que el silbido de la locomotora hirió con su rugido el silencio de nuestras vegas y montañas, los mentores del pueblo, estupefactos ante la maravilla de la princesa de hierro, cruzaron sus brazos sobre sus pechos de piedra y dejaron pasar los años en silencio; y la princesa de hierro se fue y los padres de la pusilanimidad no alzaron los brazos hacia aquella que con sólo pasar hubiera dado a nuestro pueblo más riqueza y luz; pero es menester que haya luz todavía, y como dijera Goethe al morir, es menester más luz, más luz todavía y que la palabra de los caudillos de la civilización derrame sobre este pueblo los torrentes de elocuencia y que la democracia tome la vanguardia de los destinos del pueblo para que no perezca bajo el dominio de los trogloditas.

Una escritura aún más alambicada había mostrado en una proclama temprana, fechada el 11 de febrero de 1935 y, según nota manuscrita, publicada en el diario “Heraldo”. Allí, con el título “Un pueblo que se transforma”, critica las posiciones conservadoras que no han contribuido al desarrollo de Amagá y que solo han podido expresarse en un discurso taimado e inocuo. Sobre esto escribe: “el adalid más

ilustrado en su jerarquía caciquial, apenas ha logrado realizar la meta de un pigmeo rapsoda gongorístico para idealizar una orientación que no hace más que pregonar su estilo semi-cuasi-poético sintetizado en versolibrismos de vocablos extraños, lo cual denuncia cuán degenerada está la índiga intelectualidad". De nuevo, Arcila vincula el discurso y lo poético con la oportunidad del análisis social, sugiriendo que la plenitud literaria se logra cuando lo escrito convence una realidad humana. Así, el rutinario orador político solo alcanza un grado medio ("semi-", "cuasi"), mientras que, como lo anotará en el artículo de 1936 sobre Emiro Kastos, el que escribe con una perspectiva de científico social ejecuta el hecho poético total.

Finalmente, el archivo ofrece el resumen de una biografía de Jorge Isaacs preparada por Jorge Noel Rodríguez, documento fechado en abril de 1937.⁷ Arcila destaca los principales hitos de la vida del autor valluno con visible neutralidad —incluso comenta sin sobresalto la noción relativamente antitética de Rodríguez de que el paisajismo de Isaacs es a un tiempo romántico y objetivo—, y concentra su interés sobre todo en los poemas incluidos en la biografía, los cuales ocupan la mayor parte de las páginas del resumen. Trascribe estrofas de "La tumba de Belisario"—referido a las aventuras selváticas del novelista— y de otras piezas evocadoras de la naturaleza, y —como posiblemente era de esperar— reproduce versos en que el poeta rememora los encantos femeninos que son acicate de una pasión desgraciada.⁸

Reflexión final: importancia antropológica del costumbrismo

Un balance apenas general de los precedentes documentos señala el hecho fundamental de que Graciliano Arcila apoya su labor de humanista en perspectivas de dos épocas, por su espíritu, heterogéneas y solo parcialmente complementarias. Por un lado, sus predilecciones literarias —evidenciadas tanto en sus composiciones de escritor como en su juicio o examen de la obra de otros— reivindican el idealismo, el lirismo y el bucolismo romántico, pero así mismo el materialismo sensualista, la audacia renovadora y la fe progresista del modernismo. Hay en Arcila una comunión híbrida entre el espíritu decimonónico y el del siglo que lo sucedió, e incluso la antítesis llega a ser más radical cuando se considera, por un lado, su interés por la poesía popular de otros siglos —una suerte de intensificación de su anacronismo

7 Aunque tal fecha es la que se indica en el documento, no es el original el que se encuentra en el archivo de la familia Arcila Solano, pues los cinco folios aparecen mecanografiados con caracteres de máquina eléctrica; no se indica, sin embargo, la fecha de la transcripción.

8 En la su referida tesis de pregrado en antropología, Pablo Santamaría Alzate (2008) ofrece un inventario crítico de los escritos de índole literaria de Graciliano Arcila Vélez. Véase el capítulo tercero de dicha monografía, donde se da cuenta tanto de los trabajos inéditos mencionados en este artículo como de otros que alcanzaron a ser divulgados en vida del autor antropólogo.

romántico— y, por el otro, su vehemente reclamo a favor de la tecnicificación y del ajuste de cuentas que es necesario hacer sobre la quietud provinciana.

De todos modos, aunque se antoje problemática la conciliación de ambas expectativas, su equilibrio es posible en algunos casos: posiblemente eso ocurre en uno de los escritos científicos del antropólogo antioqueño, el “Informe sobre las investigaciones etnológicas en el Bajo Cauca” (1951), en que, dentro de una rigurosa estructuración de subcapítulos objetivos y complementarios —datos geográficos y económicos para cada municipio de la región, vida económica común, prácticas agrícolas, transporte, urbanización, higiene, etcétera (véase Arcila Vélez, 1996: 143 y ss.)—, las costumbres e idiosincrasia de los sujetos investigados se ilustra ampliamente con una larga recitación popular compuesta con motivo del discutido retoque de una imagen religiosa, poema que el antropólogo trascibe a lo largo de más de tres páginas (lo que, a la postre, hace que tal sección sea la más larga de todo el regulado informe). Llamativo caso de ensamble entre el metodismo científico y la expresión literaria.

Quizá es mucho más significativo el otro gesto que hace ver como natural la fusión, en Arcila, de lo romántico y lo moderno o, si se quiere, de lo emocional y lo técnico. Tal gesto no es otro que su adhesión al costumbrismo, representada en su apología de la obra de Emiro Kastos y, también en algún sentido, en su interés por la vida de Jorge Isaacs (investigador, en su momento, de la poesía popular colombiana).⁹ En eclosión en el mismo seno del romanticismo —con el que compartió la obsesión por los escenarios naturales y el celo por las cosas de la cultura nacional—, el costumbrismo cambió el idealismo por un escepticismo mordaz y reformista, y llevó las descripciones líricas, ensoñadas y panorámicas de la realidad hasta un examen, las más de las veces, con alta pretensión de objetividad, tajante y particular. Volviendo a lo ya comentado, deberá decirse que Graciliano Arcila otorga la categoría de poéticas —quién sabe si pensando lo poético, en un sentido jakobsoniano, como la dimensión en que más importa la palabra— a las expresiones que mejor retratan la vida íntima o pública de los hombres.

Señalado el influjo que el grupo literario “Los Nuevos” tuvo sobre el desarrollo de la antropología colombiana hacia los primeros años de su existencia académica formal (véanse Arocha Rodríguez, 1984; Londoño Vélez, 1989; Giraldo, 2005), vale la pena revisar algunas ideas de quien, a juicio de Fernando Charry Lara, es uno de los más representativos personajes del grupo: el poeta y ensayista Rafael Maya, quien señaló la necesidad de que la vinculación de los escritores colombianos con el “alma de la raza” no fuera apenas “decorativa y puramente sentimental” (Charry Lara, 1988: 43).

9 Vale la pena anotar que, como parte del archivo personal de Graciliano Arcila temporalmente guardado por el Museo Universitario de la Universidad de Antioquia, se registró un ejemplar de *Las tribus indígenas del Magdalena*, estudio etnológico de Jorge Isaacs reconocido hoy en día como uno de los trabajos fundadores de la antropología colombiana decimonónica.

Maya, en un ensayo sobre el costumbrismo colombiano que decididamente abona al propósito de vivificar las tradiciones nacionales, escribe que dicho subgénero tuvo intenciones que no solo fueron descriptivas, dado su compromiso con una explicación de la vida social en el país. Defiende al costumbrismo de la acusación de revelarse en cuadros estancados aduciendo que la inmovilidad no era propia de la radiografía sino del objeto radiografiado, esto es, una rutinaria vida nacional. Por eso, asumiendo el riesgo de la reducción naturalista y el sesgo iconoclasta de esa modalidad literaria, la sitúa a la misma altura que la historia y, quizá, de la sociología; anota: “la costumbre, al convertirse en obra de arte, lleva implícito un estudio casi completo del hombre, que es animal de costumbres, y de la sociedad, que es el resumen de estas mismas costumbres” (Maya, 1975: 150). En esa medida, ya no debe parecer marginalmente caricaturista o estereotipador el Graciliano Arcila que, dibujando la casa promedio del habitante prototípico de una región determinada —tarea en la que, además, conjuga los verbos en presente para hacer más atemporal y representativa su descripción—, propone el resumen de muchos gestos sociales.

Para finalizar, conviene a esta exposición retornar a su punto de partida: el reconocimiento de la labor científica integral de diversos pioneros regionales de la antropología. Hasta ahora se insinuó que su actuación en varios campos de la ciencia del hombre fue exigida por la necesidad de fundar, sobre un campo sin cultivar, una antropología hasta entonces inédita pero no por ello menos compleja. Sin embargo, en este cierre conviene ensayar otra reflexión: la de que el polifacético cultivo de la antropología puede ser, más que una necesidad, el reflejo de una perspectiva personal. Y esto se anota no solo por lo que respecta al espíritu fragmentado de Graciliano Arcila, sino también considerando a un mesías antropológico como Franz Boas: Saurabh Dube ha escrito recientemente que, por más que el antropólogo alemán sea unánimemente considerado como un científico moderno, su legado es realmente complejo y controversial, y en el corazón de esa heterogeneidad reconoce sus vivencias como hombre de los siglos XIX y XX: “Evidentemente, el pensamiento de Boas se comprende mejor si se lo piensa cabalgando el dualismo que existe entre las tradiciones románticas y progresistas —toma a ambas, al mismo tiempo, pero retiene a su vez la tensión entre tales orientaciones opuestas” (Dube, 2006: 364). Sobre la misma disyunción está acomodado Graciliano Arcila, y también él, como Boas, aboga por conciliar los elementos en choque. Tal conciliación tiene, como una de sus más estratégicas soluciones, ser a un mismo tiempo etnólogo, lingüista, historiador, antropólogo físico y arqueólogo, pues en tan ambiciosa apuesta por conocer el hombre y abrazar totalmente su realidad se está siendo idealista y científico a un mismo tiempo, tanto como simultáneamente romántico y metodista. En Colombia, el giro hacia esa reunión de proyectos se iniciaría con el costumbrismo, acaso la perspectiva artística que, aunque de base romántica, echó a rodar la mala conciencia de su origen, proponiendo la penitencia de purificar la libre inocencia idealista bañándola con la estudiada rutina realista. En Graciliano Arcila subsistiría ese empeño —por demás

nunca satisfecho— de recuperar el tiempo perdido para ser otro sin, al mismo tiempo, renunciar a sí mismo. ¿O eso es, en esencia, lo que pretende todo antropólogo?

Agradecimiento

Debo un rendido reconocimiento a la desinteresada colaboración del antropólogo Pablo Santamaría Alzate, quien, por los días en que adelantaba su tesis de pregrado, fue beneficiario del *Programa de Incentivos a la Investigación Estudiantil a Partir de las Colecciones del Museo Universitario* y coordinó el proyecto “Clasificación y análisis del archivo personal del antropólogo Graciliano Arcila Vélez”. Gracias a Pablo no solo conocí de modo privilegiado papeles inéditos del célebre antropólogo, sino que pude nutrirme de algunas ideas generales que mi joven colega me compartió, sin ninguna vanidad, sobre el sentido de aquel legado. Por supuesto, hago extensivo el agradecimiento a la Sección de Antropología del Museo Universitario y a la familia de Graciliano Arcila Vélez, que facilitaron el acceso al material considerado en este artículo.

Bibliografía

Obras regulares

- Arcila Vélez, Graciliano (1953a). “Arqueología de Mutatá”. En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Vol. 1, N.º 1, Medellín, pp. 7-64.
- _____(1953b). “Grupos sanguíneos de los indios katos de Antioquia”. En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Vol. 1, N.º 1, Medellín, pp. 65-79.
- _____(1954). “Aporte a la antropometría”. En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Vol. 1, N.º 2, Medellín, pp. 119-179.
- _____(1955a). “Informe de las investigaciones realizadas en Dabeiba – Chigorodó – Acandí en septiembre de 1954”. En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Vol. 1, N.º 3, Medellín, pp. 247-264.
- _____(1955b). “Anotaciones sobre la ubicación de Santa María de la Antigua del Darién”. En: *Boletín del Instituto de Antropología*, Vol. 1, N.º 3, Medellín, pp. 275-287.
- _____(1996). *Memorias de un origen. Caminos y vestigios*. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín.
- Arocha Rodríguez, Jaime (1984). “Antropología en la historia de Colombia: una visión”. En: Arocha, Jaime y Friedemann, Nina S. de (eds.). *Un siglo de investigación social. Antropología en Colombia*. Etno, Bogotá, pp. 27-130.
- Charry Lara, Fernando (1988). “Los Nuevos”. En: *Manual de literatura colombiana*. Planeta, Bogotá, pp. 17-85.
- Chaves Chamorro, Milcíades (1986). *Trayectoria de la antropología colombiana*. Guadalupe, Bogotá.
- Clifford, James (2001). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Gedisa, Barcelona.
- Dube, Saurabh (2006). “Sujetos de la modernidad”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 20, N.º 37, Medellín, pp. 358-367.

- Giraldo, Paola (2005). “Adiós a la inocencia: crónica de una visita al estilo nacional de hacer antropología”. En: *Antípoda*, N.º 1, Bogotá, pp. 185-199.
- Jaramillo Escobar, Jaime (1991). *Sombrero de ahogado. Poemas de tierra caliente*. El propio bolsillo, Medellín.
- Langebaek, Carl Henrik y García Botero, Héctor (2009). “Etnólogos y trabajo de campo. Infidencias de cartas y diarios”. En: Langebaek, Carl Henrik y Botero, Clara Isabel (comps.). *Arqueología y etnología en Colombia. La creación de una tradición científica*. Universidad de los Andes-CESO, Bogotá, pp. 269-312.
- Londoño Vélez, Santiago (autor de los textos) (1989). *Museo del Oro 50 años*. Banco de la República, Bogotá.
- Maya, Rafael (1975). *De perfil y de frente*. Colcultura, Bogotá.
- Perry Posada, Jimena (2001). “Las múltiples formas de entender la historia: importancia del archivo de Gregorio Hernández de Alba. Archivo de Gregorio Hernández de Alba en la BLAA”. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. XXXVIII, N.º 57, Bogotá, pp. 139-147.
- Santamaría Alzate, Pablo (2008). *La palabra en antropología. Exploración en la retórica de Graciliano Arcila Vélez*. Monografía de grado en Antropología, Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Medellín.

Documentos inéditos

- Arcila Vélez, Graciliano. “Un pueblo que se transforma”. 11 de febrero de 1935, mecanografiado, 2 folios. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “Leyendo a *Símil* de Clemencia Isaura Restrepo”. 15 de junio de 1935, mecanografiado, 1 folio. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “Fuga nocturna”. Julio de 1935, mecanografiado, 1 folio. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “Emiro Kastos o el Larra colombiano”. 31 de octubre de 1936, mecanografiado, 3 folios. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “En la fiesta de Emiro Kastos el 24 de diciembre de 1936. Durante los carnavales”. 11 de diciembre de 1936, mecanografiado, 1 folio. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “Jorge Isaacs (resumen biográfico inédito)”. Abril de 1937, mecanografiado, 5 folios. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “Decepción”. Noviembre de 1937, mecanografiado, 1 folio. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).
- “La carcajada del loco”. 12 de diciembre de 1937, mecanografiado, 3 folios. Centro de Documentación del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia (sin clasificar).